

Siempre estuvimos aquí

La lucha de las mujeres por la igualdad

Francisco Cánovas Sánchez

Presentación de Manuela Carmena

Alianza editorial

Créditos de las imágenes de archivo:
515431962: Bettmann/Getty Images
album_alb5154023: Album/EFE
7320613: Archivo ABC

Aviso

Alianza Editorial ha realizado las averiguaciones necesarias para identificar a los autores de las imágenes incorporadas en el presente libro. Si hubiera algún error, agradeceríamos que nos fuera comunicado para proceder a subsanarlo en las futuras ediciones de la obra.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Francisco Cánovas Sánchez, 2025
© de la presentación: Manuela Carmena, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-877-8
Depósito Legal: M. 24.563-2024
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A Teresa y Angelines.
En nuestra memoria.*

Índice

Presentación. Yo también estuve con todas vosotras, por Manuela Carmena	13
--	----

LA LUCHA DE LAS MUJERES POR LA IGUALDAD

Introducción	25
El contexto de la lucha: avances y retrocesos	27
1. Coordinadas históricas del siglo XIX.....	27
Características de la población.....	27
La discriminación jurídica de las mujeres	31
El atraso educativo	35
Las alianzas matrimoniales y las expectativas sociales ..	42
La reclusión de las mujeres en el ámbito doméstico	46
La proyección pública y la «maternidad social».....	50
La incorporación al trabajo	54
Las pioneras de la lucha por la igualdad.....	62
2. El umbral del nuevo siglo y el horizonte de la moder- nidad	65

Siempre estuvimos aquí

3. El asociacionismo de las mujeres y la construcción del feminismo.....	71
4. La República de las mujeres	80
5. Las mujeres en la Guerra Civil española	95
6. Tiempo de silencio y regresión	101
7. La transición a la democracia, la Constitución de 1978 y la progresiva conquista de la igualdad	114

SIEMPRE ESTUVIMOS AQUÍ

1. Josefa Amar y Borbón (1749-1833)	131
2. Luisa Carlota Sáenz de Viniegra (1792-1865)	145
3. Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873).....	167
4. Rosario de Acuña y Villanueva (1850-1923)	183
5. Silveria Fañanás García (1854-1930).....	201
6. Dolores Aleu i Riera (1857-1813).....	211
7. Amalia Carvia Bernal (1861-1949).....	221
8. Clotilde Cerdá y Bosch (1861-1926).....	235
9. Teresa Claramunt Creus (1862-1931)	245
10. Benita Asas Manterola (1873-1968).....	267
11. Virginia González Polo (1873-1923).....	281
12. María Lejárraga García (1874-1974)	295
13. María Gutiérrez-Cueto Blanchard (1881-1932)	311
14. María Domínguez Remón (1882-1936).....	323
15. Zenobia Camprubí Aymar (1887-1956)	335
16. Teresa de Escoriaza y Zabalza (1891-1968)	349
17. Lucía Sánchez Saornil (1895-1970).....	367
18. María Laffitte y Pérez del Pulgar (1902-1986).....	383
19. Luisa Carnés Caballero (1905-1964).....	397
20. Carlota O'Neill de Lamo (1905-2000).....	409
21. Ana Carmona Ruiz (1908-1940)	425
22. María Teresa Toral (1911-1994)	433
23. Encarnación Cabré Herreros (1911-2005)	447

Índice

24. Matilde Ucelay Maortua (1912/2008)	465
25. Mercedes Formica-Corsi Hezode (1913-2002).....	477
26. Margarita Alexandre Labarga (1923-2015).....	495
Epílogo.....	507
Notas	515
Agradecimientos.....	513
Bibliografía.....	543
Índice onomástico	561

Presentación

Yo también estuve con todas vosotras, por Manuela Carmena

Acabo de releer este libro. Estoy abrumada y a la vez fascinada. ¡Madre mía! Qué cantidad de vida encierra, qué cantidad de proyectos, obras y alegrías. Cuántos fracasos también, cuánto dolor.

Este libro, que tiene dos claras partes, comienza con una detallada información sobre el contexto de las vidas que vamos a descubrir. Se trata de enmarcar a nuestras protagonistas en el marco social en el que vivieron. Dibujar el conjunto de hechos políticos, jurídicos, sociales y culturales que acaecieron y, a la vez, introducir algo importante y original: la constatación de que la historia es mucho más que los grandes acontecimientos que hemos estudiado en los libros de texto. La historia del feminismo es en gran parte la historia de las asociaciones de las mujeres. Estas, tal y como el autor nos relata, surgen y desaparecen a lo largo de la historia de España. Provocan reacción, pero sobre todo progreso. Así vemos cómo se entremezclan momentos claros y de oscuridad feminista, con destellos de creación de obras culturales interesantísimas, surgidas de mujeres que viven de forma contraria al aparente «deber ser».

Se cita la histórica Junta de Damas madrileña como un elemento de control del modelo tradicional de mujer. Sin embargo, sabemos que las mujeres de aquella institución, como pudieron ser la propia duquesa de Osuna o su compañera en esos avatares, la condesa de Montijo, gestionaron de forma innovadora la inclusa madrileña. ¡Introdujeron el primer biberón!

Así, vemos cómo en la dictadura, y desde posiciones contradictorias con las ideologías que la ampararon, surgen personas de talante feminista como Belén Landaburu, regidora de la propia Sección Femenina, de Falange.

La segunda parte de este libro es pura investigación, diremos, de arqueología social. Nos regala la narración de las vidas de veintiséis mujeres únicas, cada una en lo suyo, y muchas absolutamente desconocidas hasta ahora. Sabemos que las vidas de las mujeres han quedado en infinidad de ocasiones ocultas u oscurecidas, bien por los hombres a la sombra de los que se las coloca o simplemente dejadas de lado.

Esto ha sido así porque, en la historia del mundo, la propia identidad de la mujer ha sido cuestionada. Digamos que, aunque nos parezca mentira, la plena identidad de la mujer, su consideración como ser humano completo, ha sido cuestionada. No está mal recordar ahora que, en pleno siglo XVIII, es el padre Feijoo quien, en su libro *Defensa de las mujeres* (1726), reivindica a la mujer como ser humano completo. Dijo Feijoo que «muchos no dudan en llamar a la hembra animal imperfecto, y aun monstruoso, asegurando que el designio de la naturaleza, en la obra de la generación, siempre pretende varón; y sólo por error, o defecto, ya de la materia, ya de la facultad, produce hembra». Lo que le llevaba a rebatir con indignación:

La teoría teológica de que, del mismo error físico, que condena a la mujer por animal imperfecto, nació otro error teológico, impugnado por S. Agustín, lib. 22 de *Civit. Dei*, c. 17, cuyos autores decían que, en la resurrección universal, esta obra imperfecta se ha de per-

feccionar, pasando todas las mujeres al sexo varonil; como que la gracia ha de concluir entonces la obra que dejó sólo empezada la naturaleza.

Esta desnaturalización de la mujer siguió a lo largo de los siglos posteriores y, desgraciadamente, sabemos que continúa aún en vigor en países y culturas. Así, podemos calificar un libro de esta categoría como de investigación de vidas desconocidas de fabulosas mujeres. Es una investigación social ciertamente relevante.

Y es relevante, porque el descubrimiento de lo sucedido y aún desconocido en la historia del mundo resulta necesario para aumentar el conocimiento y la sensibilidad de la humanidad ante la mujer. El conocimiento de vidas de mujeres anteriores a nuestros días deviene precisamente en magnífica levadura para que la mujer alumbre definitivamente, en el mundo, como ser humano potencialmente deslumbrante.

Tengo que confesar que las chicas de mi tiempo agradeceremos siempre a aquellas que se nos dieran a conocer, en nuestra juventud vivida en la dictadura del general Franco, sus perfiles de mujeres inteligentes y activas, de profesionales brillantes y, afirmando o no, feministas.

Yo era una jovencilla universitaria que se quedó fascinada cuando, al leer uno de los libros de la condesa de Campo Alange, supe de la vida de Clara Campoamor, de Victoria Kent, de Carmen de Burgos, de Elena Fortún y de otras más. Era un libro magnífico: *La mujer en España. Cien años de su historia*, editado aún en la dictadura. Presenta un importante paralelismo con el que hoy ha hecho el historiador Cánovas. Son libros descubridores de vidas de mujeres.

Las mujeres de mi generación, que nacimos en los primeros años de la dictadura, fuimos niñas y jóvenes absolutamente ignorantes de la vida de mujeres que nos habían precedido como mujeres activas: abogadas, artistas, sindicalistas, científicas o escrito-

ras absolutamente completas, y personas auténticas y valiosísimas. Nos encontramos con los resquicios de la cultura que trajo la República: nuestras *abuelas* feministas.

La cultura siempre es líquida y se escurre de las manos de quienes la quieren manipular. Por eso los regímenes autoritarios y fascistas intentan ahogarla. Los libros siempre subsisten, aunque, como pasó en la dictadura, se prohíban o se quemem... Siempre queda alguno.

Nosotras habíamos sido educadas en esa dictadura en la que nuestras madres habían sido limitadas a ser amas de casa. Hay que recordar que, durante mucho tiempo, las mujeres casadas no pudieron trabajar. En el marco de ese mundo oscuro concuerda que se prohibiera un libro tan inocente como *Celia en el colegio*, de Elena Fortún, y que se publicaran por el contrario libros retrógrados. Un excelso ejemplo de estos últimos es *El decenio crítico (a los jóvenes de 16 a 26 años)*, firmado por un consiliario de Acción Católica, donde se decía que «la mujer viene a ocupar el punto medio entre el niño y el adulto».

La aberración de habernos privado de nuestra identidad provocó sin duda la masculinización del mundo público o social. El encuentro con aquellas abuelas feministas nos convirtió en activistas de lo que sería el gran movimiento español del feminismo.

Muchas de las vidas de las que habla nuestro autor fueron alentadas por las ideas del progreso desde el maravilloso Siglo de las Luces hasta nuestras dos Repúblicas. Y muy especialmente sin duda en la Segunda, aunque resultara tan pronto aniquilada por el golpe de Estado fascista dirigido por el general Franco.

Las luces y el progreso alumbraron la capacidad femenina. Sin embargo, la represión de la dictadura política que vivimos en nuestro país fue devastadora, sobre todo en lo formal y aparente. Quizás por ese contraste, puede resultar coherente que me haya tocado a mí prologar este libro. Además, y por si fuera poco, da la coincidencia de que tuve la dicha de tratar a algunas de las mujeres retratadas en estas páginas.

En la universidad despertábamos y empezábamos a conocer la verdadera historia de nuestro país. Comenzamos a mirarlo con ojos diferentes y a descubrir aspectos que nada tenían que ver con aquello que nos habían contado en nuestra niñez y adolescencia. A su vez, empezábamos a descubrir con nitidez la senda que ya había recorrido el feminismo.

Por eso, empeñadas «minorías universitarias inquietas» (como se nos llamaba entonces) nos embarcamos en la ardua tarea de contribuir a acabar con la dictadura. Al tiempo, y con ello, comenzamos también a construir el feminismo. Desde el propio sindicato oficial (SEU), de cuño falangista, nos incorporamos a las más diversas actividades, a hacer actos culturales hablando de los derechos de la mujer. No siempre, pero muchas veces los pudimos realizar. Vivimos en ese mundo curioso, sin duda contradictorio, en el que, en las instituciones universitarias franquistas, habitaban estudiantes cada vez más interesados por la democracia y en las que, aunque pudiera parecer sorprendente, había también algunas afiliadas a la Sección Femenina que, reconociéndolo o no, mostraban un corazón feminista. Recuerdo en ese sentido al menos dos valiosas mujeres: Pilar Conde y Lolita Bermúdez Cañete.

Todas esas actividades se autorizaban o no según fueran los acontecimientos políticos del momento. Recuerdo bien, por lo que me impactó, que siendo estudiantes universitarias visitamos a personas que nos parecían importantes por lo que pudieran significar de cambio. Estábamos empezando a descubrir otro mundo posible. No sé cuántas entrevistas hice. Guardo un maravilloso recuerdo de mis entrevistas con Mercedes Formica, Lili Álvarez y María Laffitte, la condesa de Campo Alange. Todas nos acogieron estupendamente. Supongo que les hacía gracia ver a esas jovencísimas universitarias interesadas en sus vidas y en los derechos de la mujer, por los que de una u otra forma ellas habían luchado.

Tengo un recuerdo precioso de la entrevista con Mercedes Formica. Era una mañana de primavera tardía. Hacía uno de esos preciosos días de Madrid. Mercedes tendría entonces cincuenta y

tantos. La recuerdo como una mujer afable y elegante. Nos invitó a un aperitivo en su magnífica terraza en un edificio casi en la esquina del paseo de la Castellana con María de Molina. Nos dio unas galletitas saladas en forma de pececitos. No las había visto nunca. A partir de ese momento, siempre me gustaron. Sentimos el dominio y el poder de seducción de aquella mujer. Pienso ahora que ni por un momento ella pudo imaginar que, tal y como se relata en este libro, aquella universitaria preguntona iba a ser, casi cincuenta años después, alcaldesa de Madrid. Tampoco que, siéndolo, decidiera dedicarle una calle en Madrid, mientras que otro alcalde, también de izquierdas, decidiera retirar el busto que le habían erigido en Cádiz, su ciudad natal.

También recuerdo a la condesa de Campo Alange. Era una mujer entusiasta que nos animó a seguir con nuestras actividades desde la mansión en la que vivía: un precioso palacio con un gran jardín, en la calle Velázquez, convertido hoy en una casa de pisos lujosos sin identidad alguna.

Y, por último, recuerdo también la impresión que me causó Lili Álvarez. Era una mujer interesante, reflexiva y cariñosa. También acogió muy bien a aquellas jovencísimas universitarias. Sin embargo, aquí sí que tengo que reconocer que, en aquel momento, no me atreví a comentarle cuánto me había impresionado su libro. Se llamaba *El seglarismo y su identidad*. Lo había leído estando aún en sexto de bachiller, en un momento en que mi arrastrada religiosidad empezaba a resquebrajarse de forma importante. Por supuesto, no sabía entonces la enorme influencia que, precisamente Lili Álvarez y su visión religiosa, tuvo también en la vida madura de Carmen Laforet. Solo lo supe mucho después.

Pero no quedan ahí mis contactos con algunas protagonistas directas o indirectas del libro. He leído con un placer inmenso todo lo relativo a la vida de Encarnación Cabré. Conocí personalmente a Encarnita, porque durante algunos veranos fue mi vecina. Sin saber casi nada de su vida y de su inmensa valía profe-

sional, me habían hablado de ella Amelia Sánchez, madre de mi marido, Eduardo Leira, y también mi hijo Manuel.

El matrimonio Francisco Morán y Encarnita Cabré vendieron a mis suegros, en los años 40, una preciosa casita de campo en San Rafael, al lado de la que ellos tenían. Eso hizo que los Morán y los Leira fueran vecinos durante muchos años. Más adelante, fue mi marido Eduardo quien heredó aquella casita y fue sobre todo mi hijo Manuel quien continuó la amistad con los Morán. Para mi hijo, Encarnación era la abuelita de los Morán. Él me contaba cosas de ella y, al hacerlo, la situaba como alguien importante que ocupaba mucho sitio en la familia. Me decía que hacía dibujos preciosos retratando a los pájaros que la visitaban. Siempre tenía un lugar de acogida para ellos, con montones de migas para atraerlos. Yo me encontraba alguna vez con ella. Siempre me resultó una anciana dulce y con una mirada de luminosa inteligencia. Ahora, que sé hasta qué punto su vida fue una aventura apasionante por los caminos de la arqueología profesional, lamento no haber podido hablar más con ella.

Amelia —quien fue también profesora del Instituto Escuela— me hablaba de su aspecto. Mujer bonita y siempre llena de juventud, que seguía apareciendo un verano tras otro con sus bonitos tirabuzones. Un peinado quizás un poco demodé ya en aquellos años pero que era el que a su marido le gustaba.

Parece que ellas no hablaban de sus estudios, ni de sus carreras profesionales, ni de sus experiencias vitales previas a la guerra, ni de cómo se habían visto apartadas de sus puestos de trabajo en la posguerra. Solo cabe interpretar aquello como resultado del tiempo de silencio que se vivió en España. Ese «silencio» que, en este caso, afectaba a la vida profesional de dos mujeres con carrera e inteligencia.

Los modelos sociales arraigan en las sociedades principalmente en sus aspectos formales. Desafortunadamente, los modelos políticos autoritarios y antidemocráticos destrozan sobre todo la imagen de las vidas públicas de las mujeres. Pensemos por un momento en el terrible destino de un país como Afganistán. Co-

nocí, en el tiempo en el que fui relatora de la ONU, a algunas juristas afganas que hablaban de cómo era su mundo, anterior a la desgraciada irrupción de la cultura de los talibanes. Vi con ellas fotos del antes. Era una sociedad diversa, normalizada, con instituciones, como las universidades, semejantes a las de otros países en vías de desarrollo.

Las dictaduras y los regímenes autoritarios imponen modelos culturales de los que siempre son víctimas las mujeres. Se impone una realidad aparente, de conformidad con las imposiciones políticas. Eso generó que, durante la dictadura de Franco, mujeres profesionales con éxitos en sus trayectorias vitales ni siquiera hablaran entre ellas. El mundo real que habían empezado a construir no encajaba en la pacata sociedad sobrevénida.

Leyendo este libro me entero de que las autoridades franquistas depuraron al padre de Encarnita y que a ella no le permitieron recuperar su puesto de profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. En la depuración de su padre, se mencionó que era sospechosa de haber realizado actividades de espionaje, dado que era rubia y parecía extranjera, y de ser «roja», ya que había sido profesora del Instituto-Escuela de Madrid.

También estuve muy, muy cerca, de Matilde Ucelay. Mi marido Eduardo fue el íntimo amigo, en el colegio Estudio, del hijo pequeño de Matilde, Javier Ruiz Castillo. Me ha contado muchas veces lo que le fascinaba el bonito tablero de arquitecta que tenía Matilde en el cuarto de estar de su casa, a la que tantas veces fue Eduardo a comer. Siempre hemos comentado que esa imagen, de tablero en uso, quizás contribuyó a reforzar su vocación de arquitecto, profesión que lleva ejerciendo durante más de cincuenta años. Sin duda, también le ayudó a ser un auténtico feminista.

De las veintiséis vidas que relata este libro, conozco, aunque no personalmente, a otras muchas mujeres. Siento profunda alegría que muchas más personas las vayan a conocer ahora.

Todas me apasionan. Algunas me abren grandes interrogatorios. Por ejemplo, Carlota Sainz de Vinagra. Mujer que escribió, y

mucho, pero muy poco sobre ella. Algo parecido le ocurrió a la gran Juana de Vega. Ambas escribieron de sus héroes, de sus maridos héroes: Juana, de Espoz y Mina, y, Carlota, de Torrijos. Sin embargo, mucho nos falta por saber de la vida, sin duda apasionante, que vivieron ellas dos (no sé si se conocieron o no) en Gran Bretaña. Fue allí donde se fueron, en su exilio político, los defensores de la libertad y de la Constitución de 1812. En ese excelso grupo de personas destacan personalidades bien interesantes, como Federico Rubio, también defensor de la libertad, que se formó allí y que acabó siendo el mejor médico de la España del siglo XIX. ¿Qué hicieron en Gran Bretaña esas dos grandes damas de la política, entre la emigración y la constante conspiración para que España recuperara la libertad que les había mangoneado el absolutista Fernando VII?

Pero encontramos en este libro muchas más mujeres con vidas tan apasionantes como desconocidas. Relegadas, cuando no olvidadas. Realmente emociona sacarlas a la luz, rememorar su legado. ¿Qué decir de la doctora Dolors Aleu o de Ana Carmona, la primera mujer futbolista de España! Ellas, y tantas otras, sufrieron límites, encontraron barreras que no siempre pudieron superar y, en demasiados casos, también sufrieron castigo y represión. Conocerlas va a significar darles una nueva vida, permitirles que nos hablen de tanto que callaron y que nosotras, las mujeres de hoy y las de mañana, queremos oír y saber. Sin haber sido reconocidas, nos abrieron camino y es difícil medir lo mucho que les debemos.

Manuela Carmena
septiembre 2024

La lucha de las mujeres por la igualdad

Introducción

Durante los siglos XIX y XX las mujeres españolas protagonizaron un proceso de transformación demográfica, económica, educativa, social y cultural, más lento que el de los países europeos avanzados, que fue construyendo el camino hacia la libertad y la igualdad. Tras la desintegración del Antiguo Régimen, el Estado liberal español desarrolló en el primer tercio del siglo XIX una trayectoria condicionada por la debilidad de la industrialización, la inestabilidad política y el pacto de la emergente burguesía con la nobleza, lo cual retrasaría la consolidación de esas nuevas estructuras hasta finales de siglo. El régimen liberal proclamó la igualdad de los ciudadanos ante la ley y la supresión de los antiguos privilegios, pero las inercias de las ideas tradicionales y la propia singularidad del régimen, como ha señalado Guadalupe Gómez-Ferrer, propiciaron la discriminación de las mujeres:

La progresiva implantación del liberalismo en España tuvo sus malformaciones, en lo que se refiere al funcionamiento del Estado, y afectó de diferente forma a los varones según el grupo social al que